



Biblioteca Era

www.edicionesera.com.mx

Jorge Aguilar Mora

Fantasma de la luz y el caos
1801 y 1802



Ediciones Era

www.edicionesera.com.mx

Índice

1801	11
1802	159
Bibliografía	321

Aviso

Esta obra es el segundo volumen de una crónica que tiene la esperanza de cubrir la historia, el pensamiento, la vida, las mentiras y las catástrofes del siglo XIX año por año. El único principio narrativo de esta obra consiste en transmitir todo ese cúmulo de información a partir de la visión de un personaje que vive en esos años y que no tiene dotes de visionario ni de profeta para contarnos lo que sucede después, y que nosotros ya conocemos. Su conocimiento se puede remontar a la Antigüedad en el pasado, pero no al futuro, que él desconoce y del que quizás desconfía.

El tomo anterior recorrió los años 1799 y 1800: como no se trata de una crónica de efemérides, ni tampoco de un registro calendárico de acontecimientos, la elección de personajes, hechos, pensamientos, pasiones, mentiras y esperanzas es una decisión del autor. ¿Arbitraria, azarosa, novelesca? En todo caso, la narración está fundada en documentos y fuentes que se consideran fidedignos. O reveladores en su falta de fidelidad.

Fantasmas de la luz y el caos, 1801 y 1802 atraviesa con su crónica estos dos últimos años, pero muchos acontecimientos requieren el transporte de ideas, hechos, sucedidos mucho antes: el pasado, como ya se ha dicho muchas veces y con buen sentido común, nunca es pasado, siempre está con nosotros, presente.

1801

Se presenta de repente a los ojos un bello objeto, sorprende, se vuelve a mirar una y otra vez, agrada, pero con la condición de que ofrezca nuevos motivos; porque si sin novedad se repiten los mismos, el ardor de la sorpresa se irá enfriando. No así el aprecio, que teniendo por blanco la perfección durará mientras ésta, aunque se renueve, no se muda; o deja de ser perfección, siendo por otra parte de aquellos que no envejecen. Dos onzas de oro, una acabada de sacar del cuño y otra por la cual hayan pasado algunos años ambas serán igualmente apreciables, no habiendo descaecido ninguna de su mérito, como se supone.

Pedro Márquez, *Sobre lo bello en general*

*

La intermediación al cuarto siglo del establecimiento de nuestros antepasados en el Nuevo Mundo es una ocurrencia sumamente notable para que deje de interesar nuestra atención. El descubrimiento de una parte tan grande de la tierra es y será siempre, para el género humano, el acontecimiento más memorable de sus anales. Mas para nosotros que somos sus habitantes, y para nuestros descendientes, es un objeto de la más grande importancia. El Nuevo Mundo es nuestra patria, su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente para determinarnos, por ella, a tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios, y de nuestros sucesores.

Aunque nuestra historia de tres siglos acá, relativamente a las causas y efectos más dignos de nuestra atención, sea tan uniforme y notoria, que se podría reducir a estas cuatro palabras, ingratitud, in-

justicia, servidumbre y desolación; *conviene, sin embargo, que la consideremos aquí con un poco de lentitud.*

Juan Viscardo y Guzmán, “Carta dirigida a los Españoles Americanos por uno de sus compatriotas” (énfasis en el original)

*

En otra época, Francia poseía en la América del norte un vasto imperio que se extendía desde el Labrador hasta las Floridas, y desde los bordes del Atlántico hasta los lagos más lejanos del alto Canadá.

Cuatro grandes ríos, cuyas fuentes están en las mismas montañas, dividían estas regiones inmensas: el río de San Lorenzo que se pierde en el oriente en el golfo del mismo nombre; el río del Oeste, que lleva sus aguas a mares desconocidos; el río Borbón que se precipita del sur al norte en la bahía del Hudson, y el Meschacébé, que cae de norte a sur, hasta el Golfo de México.

Este último río, con más de mil leguas de largo, baña una deliciosa región que los habitantes de los Estados Unidos llaman el nuevo Edén, y a la cual los franceses le han dado el dulce nombre de Luisiana.

F. A. de Chateaubriand, prólogo de *Atala*

El nuevo siglo recibió a Goethe con muchas felicitaciones, con música de Haydn y con un catarro. El día 2 el enfermo atendió diferentes asuntos y luego se reunió con el arquitecto del nuevo castillo de Weimar. Al día siguiente el catarro empeoró, pero el cuatro de enero Goethe se levantó con mucha energía y alegre de que se encontraría con varios amigos al mediodía, entre ellos Wieland, Schiller y el profesor Schelling. Sin embargo, durante la mañana, se le inflamó la garganta y le dio una fiebre muy alta. No pudo salir de casa. Aun así, todavía tuvo lucidez y fuerza para tratar algunos detalles de las reuniones del club literario. Después, pasó más de una semana en cama, entre la vida y la muerte.

En la madrugada del 5 de enero, comenzó a toser violentamente y a desvariar: hablaba con amigos ya muertos y con Jesucristo. Se le inflamó tanto el ojo izquierdo que estaba por salirse de la órbita; y

se le acumuló la sangre deformándole las facciones. Para la noche del 7 al 8 de enero, la tos se volvió sofocante, la fiebre sólo cedía después de los baños en agua fría, pero no por mucho tiempo. La inflamación se extendió a las piernas, y hubo que aplicarles lavados de mostaza. De día y de noche, Christiana no se apartó de la cama y se desveló como él. A la semana todos en el ducado de Weimar estaban pendientes de su estado. La situación del enfermo no era muy alentadora, y tanto sus amigos como sus enemigos vivían en la zozobra de que en cualquier momento se anunciara que había muerto.

Si hubiera muerto a principios de este año, Goethe se hubiera perdido la primera convivencia feliz a solas con su hijo August, que tiene apenas once años; no hubiera sabido del tratado de Luneville que Austria, sin autorización del resto del Sacro Imperio Romano, firmó con Francia; no se hubiera alarmado ante la conciencia de que con este acuerdo más de trescientos territorios alemanes pierden su dependencia directa del emperador, y quedan en un total desamparo ante los conflictos en el continente; no hubiera podido retomar su estudio de los colores, ni emprender con suma dedicación el montaje de *Ion* de Eurípides en la traducción bastante libre de Wilhelm Schlegel. Tampoco hubiera podido regresar a la escritura de ese poema-tragedia en el que trabaja desde hace más de diez años, *Fausto*; ni acabar su nuevo drama, *La hija natural*. Si hubiera muerto a principios de este año, Goethe no se hubiera convencido, gracias a estas dos obras, de que sólo con el trabajo artístico se puede aspirar a una crear una obra ideal, es decir, perfecta y paradójicamente inalcanzable; y no se hubiera dado cuenta, después de tantos años de vivir juntos, de qué manera profunda lo amaba Christiana, y él a ella.

A la semana de caer enfermo, el doctor Stark ordenó que se le hiciera una sangría: buenas razones tenía para pensar que la inflamación podía llegar al cerebro y volverse irremediable. A la segunda sangría, la fiebre disminuyó, y poco a poco la inflamación fue cediendo. La convalecencia fue larga, y le ayudó mucho reanudar la estimulante tarea de traducir el tratado de Teofrasto sobre los colores. El duque Carl August, su amo, su señor y su amigo, casi le ordenó que atendiera a las sugerencias de los doctores de que tomara unas vacaciones en los baños de Pymont, en las montañas boscosas de Westphalia. Era necesario un largo descanso: la enfermedad lo había dejado muy débil

y nervioso. Goethe preparó su viaje, en el que pensaba acompañarse con su hijo August; pero el secretario de justicia del ducado le informó que no podía viajar con un menor de edad con el cual no tenía legalmente ninguna relación. Christiana Vulpius y él no se han casado, y su concubinato, aunque no bien visto, es tolerado sólo porque el duque no lo reprueba. Éste hizo posible una rápida legalización de la paternidad de Goethe, cuyo certificado se firmó el 15 de mayo, y así pudieron salir padre e hijo solos de viaje. A la ida, no se detuvieron muchos días en Gotinga. La noche de su llegada, varios estudiantes de la universidad, alertados por dos jóvenes escritores, Achim von Arnim y Clemens Brentano, les dieron una serenata de bienvenida frente al hotel, y Goethe tuvo que salir en bata a saludarlos. Brentano, de hecho, lo buscó con empeño al día siguiente para anunciarle que está por publicar en Frankfurt su primera novela, *Godwi*, que es un homenaje a las admiradas *Cuñadas del joven Werther*. A pesar de la breve estancia, Goethe frecuentó al profesor Christian Gottlob Heyne, el gran erudito de cultura griega y director de la biblioteca de la universidad, a G. F. C. Sartorius, historiador, y sobre todo al ya famoso físico, naturalista, fisiólogo, Johann Friedrich Blumenbach, cuyo concepto de “fuerza creadora o formativa” (*Bildungstrieb*) ha tenido en los últimos diez años una gran influencia en los estudios sobre el desarrollo de las especies vegetales y animales. Toda la nueva generación de jóvenes naturalistas, poetas, críticos, médicos, filósofos que han estudiado en Gotinga –provenientes no sólo de los territorios imperiales y alemanes, sino también de otras partes del continente y hasta de Inglaterra–, notablemente el joven naturalista Thomas Young, han sido sus discípulos. Gracias a Blumenbach, Goethe conoció por primera vez un aerolito.

En Pymont, mientras su hijo no se cansaba de divertirse, Goethe sí se cansaba de aburrirse y de convencerse de que el tratamiento de beber agua sulfurosa y darse baños termales no le procuraba ninguna mejoría. Aun así, tuvieron que quedarse más tiempo del deseado porque el duque anunció que llegaría pronto y ordenó que Goethe lo esperara. Esta vez, contra su costumbre, el duque llegó a tiempo; y, cuando se resolvieron las diligencias oficiales, padre e hijo salieron de vuelta a Weimar. Ahora sí se detuvieron en Gotinga, y casi un mes: fueron días de intenso estudio del padre en la biblioteca y de agota-

dores juegos de August con los hijos y nietos de varios profesores de la universidad, profesores con los que Goethe se juntaba luego en las noches para discutir temas de botánica, de fisiología, de óptica y de historia, la antigua y la revolucionaria de Francia. De nuevo Heyne, Sartorius y Blumenbach, pero ahora también Hoffmann, Wildt, Bouterwerk.

Antes de regresar a Weimar, Goethe y August se reunieron en Kassel con Christiana, y pasaron varios días de vacaciones juntos. Fue a fines de agosto. El resto del año, Goethe se ocupó de sus responsabilidades en el gobierno del ducado: revisando los trabajos de construcción en el castillo y en el palacio; siguiendo todos los trámites de la administración; dirigiendo los montajes de las obras de teatro; recibiendo a los visitantes oficiales; cuidando la elaboración de los bustos encargados por el duque al escultor Friedrich Tieck, hermano del escritor; entrevistando a los nuevos profesores de la universidad, como Georg Wilhelm Friedrich Hegel, quien se ha ganado el derecho a la enseñanza privada con una notable tesis sobre el idealismo y a quien Goethe conoció este 21 de octubre. Todas las tareas del ducado no le han impedido seguir gozando del crecimiento de su hijo, la compañía de Christiana, las conversaciones con los amigos –Schiller, Wieland, Herder, el profesor Schelling...–, la traducción de Teofrasto ni mucho menos la escritura de numerosos poemas y de sus dramas. Es cierto, Schiller, al enterarse de que su amigo está por terminar su obra de teatro *La hija natural*, se ha resentido de que nunca le haya hablado de ella, y sobre todo a él que se considera su mejor confidente y la mejor autoridad en materia de teatro. Es cierto, pero no sabe que este año, después de esa enfermedad en la que estuvo a punto de morir, Goethe ha redescubierto un placer que había olvidado desde que regresó de Italia: las caminatas solitarias. Así fue como despidió el año.

Y si no fuera porque conoce muy bien las revoluciones de los planetas y ha bien medido las inmersiones y las emersiones de las lunas de Júpiter, si no fuera porque siente en su propio cuerpo el movimiento cíclico e incesante de las cosas, el payanés Francisco José de Caldas detendría los pasos del tiempo e impediría que terminara este año si no llega la ansiada aparición.

En efecto, es el 31 de diciembre de este milagroso 1801 y está amaneciendo en los Andes, en la villa de Ibarra, situada en el camino de Quito a Popayán: con impaciencia y en plena madrugada, Caldas envió a un arriero para que le informe si logra toparse con la recua de mulas de la expedición de Alexander von Humboldt, que debería estar pernoctando muy cerca o estar ya bien avanzada por el camino real de las salinas. Si algo grave e imprevisto no ha ocurrido, el prusiano está por llegar, pues salió de Popayán hace ya más de un mes.

Ibarra tiene una inmensa fundación. Primero, los carangues se asentaron a orillas de la laguna de Yahuarcocha y a la vista de un volcán, el Imbabura. Luego fue conquistada y abandonada por los incas, y a principios del siglo XVII reconstruida por los españoles. En menos de dos siglos, si las hubo en Ibarra, ya *el desgreño* y *el descuido* les han robado el imperio a sus viejas glorias, aunque en la basílica de la Merced todavía se puede apreciar la belleza de su claustro, donde se ha empleado una buena piedra para su imponente orden dórico.

Está amaneciendo y el arriero no ha vuelto. Desde abril, cuando se enteró de que Alexander von Humboldt había llegado unas semanas antes a Cartagena de Indias y se proponía atravesar el virreinato de la Nueva Granada para dirigirse a Lima, Caldas ha vivido con una emoción avasallante en espera del momento en que se encontraría con él. Al principio, el aspirante a filósofo naturalista imaginaba cómo recibiría al prusiano en Popayán, la ciudad donde nació y vive: le abriría las puertas de su casa, le presentaría a su familia y a sus amigos más íntimos y luego, con solemnidad, lo llevaría al salón donde realiza sus experiencias y donde guarda todos sus instrumentos de medición y observación, muchos de ellos obra de sus propias manos.

No pudo ser. Hace meses Caldas asumió el expediente de un patronato de legos dejado por un abuelo, cuyo seguro cuantioso le disputan unos primos. El fallo de la corte en Popayán favoreció a Caldas, y a mediados de este año sus oponentes, los Torres, apelaron ante la Audiencia en Quito, la cual aceptó escuchar el caso. Caldas estimó lo que le costaría contratar a un apoderado y terminó decidiendo que su única alternativa era continuar él personalmente con el litigio. Ya había gastado mucho tiempo, mucha energía y mucho dinero, y no podía arriesgarse a perder la apelación. El 11 de agosto salió para Quito, sabiendo que su estancia duraría por lo menos varios meses, y que si

se encontraba con Humboldt no sería en Popayán. Tuvo, no obstante, la precaución de dejar con su amigo Antonio Arboleda “un manuscrito que contiene mis observaciones astronómicas, del termómetro, del barómetro, de las declinaciones de la aguja, algunos análisis de aguas minerales, como las del río Vinagre y Hedionda, con otras cositas para que las muestre al Barón y las rectifique. En Quito le manifestaré lo que haya trabajado en mi camino, y así nos reuniremos.”

El amigo Arboleda tuvo que salir intempestivamente de Popayán a una de sus haciendas y dejó los documentos con el padre de Caldas para que siguiera las instrucciones de éste. Después de años de mucha resistencia, el padre se ha vuelto al fin orgulloso de las experiencias astronómicas y geográficas de Francisco José. Y así, este noviembre, además de entregar los manuscritos que su hijo había dejado para el barón, le mostró, sin permiso de nadie, otros que contienen las mediciones de los ocultamientos de las lunas de Júpiter hechas con el telescopio que el mismo Francisco José construyó. Humboldt se ha asombrado. Mejor dicho, se ha iluminado con el talento prodigioso del americano. Y no sabe lo mejor.

Francisco José de Caldas y Tenorio nació en 1768 en Popayán, en cuya catedral fue bautizado el 17 de noviembre de ese año. El día exacto de su nacimiento es incierto. La primera educación la recibió en la misma ciudad, en el Real Colegio Seminario, fundado por los jesuitas. Después de la expulsión de éstos en 1767, el colegio estuvo cerrado durante diez años, hasta que, por iniciativa del cabildo de la ciudad –en el cual era y sigue siendo regidor el padre de Caldas– y con los fondos de la orden expulsada, se reabrió y en poco tiempo recuperó mucho de su anterior prestigio, sobre todo con el nombramiento de Juan Mariano Grijalba como su rector y con el de profesores como José Félix de Restrepo, quien le enseñó a Caldas filosofía con rudimentos de física. Y también de matemáticas, que él no supo, sino hasta ahora, qué tan útiles eran.

Popayán funda su prosperidad en el trabajo esclavo de las grandes encomiendas y de sus pujantes obrajes, así como en el nuevo auge de la minería, que pasó años de abandono después de la supresión de la mita, trabajo forzoso reservado a los indios, y en las riquezas naturales de la región costera. La posición geográfica de la villa es también una

causa de su importancia, pues se encuentra casi a la mitad del camino entre Quito y Santafé.

Como casi todas las familias criollas de los dominios españoles en América, la de Francisco José ha tenido que probar su pureza de sangre y su hidalguía, por prurito de mostrar nobleza y por ser condición esencial para acceder a cargos públicos como los que ha desempeñado el padre de la familia: alférez, teniente, capitán, juez y actualmente regidor vitalicio del cabildo. Por escrúpulos de sangre, de casta y de linaje, las familias criollas de la ciudad han siempre procurado emparentarse entre ellas; y, como en un alegre y riguroso arco iris, unos cuantos apellidos aparecen y reaparecen en diferentes posiciones, en ambos géneros y en todas las edades: Arboleda, Torres, Carvajal, Mosquera, Pombo, Tenorio... son los más destacados y, además de formar la red social de la ciudad, corresponden a las familias que algunos llaman levíticas, por los numerosos hijos que han dado a la Iglesia y a la administración del gobierno. Francisco José está emparentado con todos ellos, principalmente por la rama materna.

Familiar suyo, tío para ser más preciso, es el notable Ignacio Joaquín Tenorio y Carvajal, quien, interrumpida su educación a los quince años por la expulsión de los jesuitas, inició una vida de aventura, primero en Quito, después en Lima, donde dejó recuerdos imborrables en la sociedad criolla y fracasó en su intento de que lo nombraran oidor. Entonces se fue a España, y ahí le volvió a fallar la ambición de recibir un nombramiento prestigioso: resentido y a pesar de que la Compañía había oficialmente dejado de existir, se asumió como jesuita y se fue a Rusia donde estaba refugiado el general de la orden. Se dice que su apostura llamó la atención de la zarina, quien parece que tenía particular debilidad por los jóvenes del Mediodía, como lo mostró en ese mismo año de 1787 con otro criollo hispanoamericano, de Caracas, Francisco de Miranda.

Este caraqueño recorría entonces todo el continente europeo, perseguido siempre por las autoridades españolas, las cuales lo acusaban de haber cometido fraude y de haber servido al enemigo inglés cuando estaba de servicio en La Habana, en 1781. A Catalina le despertó simpatía el hecho de que lo persiguiera –según ella– “la Inquisición”; le admiraron la cultura y el fervor del caraqueño por la liberación de las naciones de la América hispana, y le fascinó la naturalidad de su

garbo. Después de varios meses de estancia, Miranda decidió partir y, aunque la emperatriz quiso convencerlo de que se quedara a vivir en Rusia, él insistió en la misión que la historia le había encargado. Comprensiva y cariñosa, Catalina le extendió un pasaporte ruso con nombre falso, le prometió la protección de todas sus embajadas en Europa y cumplió su palabra. En cambio, parece ser que al payanés Tenorio, quien huía de nadie y sólo quería un puesto que mantuviera viva su inquietud y su ansia de aventura, la zarina, por divertirse o por sana perversión, terminó recomendándolo a la embajada de España en Dinamarca, que lo empleó justo cuando Miranda tuvo que quedarse dos meses en Copenhague por el duro invierno de 1788. Sin la protección rusa, a éste lo hubieran detenido a petición del embajador español y quizás hasta el mismo Tenorio hubiera participado en su arresto.

El caraqueño Miranda se volvió a escabullir de la persecución española; pero el tío de Caldas no pudo escapar de su propia inquietud y decidió regresar a América con el pretexto de visitar a su hermana, Teresa. No se quedó mucho tiempo en Popayán: pronto se fue a Quito, donde logró finalmente que lo nombraran oidor y donde ahora reside. Todos los que lo conocen –aunque nadie lo conoce bien– saben que Ignacio Joaquín Tenorio está lleno de ambiciones incumplidas y poseído por una constante zozobra. Aunque ya afincado en su ansiado puesto, no deja de dar la impresión de que en cualquier momento puede salir huyendo en busca de otra quimera. Nadie lo persigue, pero él parece empeñado en perseguir a la persecución. Eso fue lo que seguramente percibió Francisco José, su sobrino, cuando lo visitó este año luego de llegar a Quito.

Aquella hermana Teresa es Teresa Tenorio, y uno de sus hijos es quien le disputa –en términos nada enojosos, por cierto– el seguro del patronato a Francisco José. Otro hijo, menor, de Teresa es Camilo Torres, quien ya se distingue en la sociedad de Bogotá por la precocidad de su inteligencia, que le ha permitido alcanzar, a los veintiocho años apenas, las posiciones de abogado de la Real Audiencia y profesor de leyes de su propia escuela, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. En 1794, cuando recibió ambos nombramientos, Torres se vio involucrado en lo que las autoridades virreinales consideraron una seria y vasta conspiración: alguien hizo la denuncia de que un conocido abogado de la ciudad, Antonio Na-

riño, había imprimido una traducción de los “Derechos del hombre y del ciudadano”. Las pesquisas llevaron al arresto de otros criollos y de un francés, el doctor Luis de Rieux. A Torres le confiscaron sus libros, aunque pronto se los regresaron –no todos– sin advertencia, ni acusación. Humboldt lo ha conocido este año, a su paso por Bogotá, y ya lo llena de elogios cuando habla de él. Apenas dos años mayor que Caldas, Camilo Torres se ha impuesto en el ánimo de su primo hermano con tanto poder que éste lo considera su padre espiritual. Uno de varios, por lo demás. Otro es, sin duda, José Celestino Mutis, el famoso director de la Expedición Botánica de la Nueva Granada.

Hace unos meses, cuando recibió por primera vez una carta de Mutis, que iba además acompañada de un libro de Linneo, Caldas le contestó con la humildad y casi con la reverencia de un huérfano en busca de un padre adoptivo: “Usted sabio, conocido de la Europa entera, elogiado en el Norte por el noble hijo de Linneo, apreciado de la Nación, que ha merecido la confianza de nuestro augusto Soberano, jefe de una brillante expedición [...] yo, ignorante, desconocido de mis paisanos mismos, pasando en un rincón de la América una vida oscura y a veces miserable, sin libros, sin instrumentos, sin medios de saber y sin poder servir en alguna cosa a mi Patria”.

Es compleja la relación que tiene Caldas con las figuras de autoridad: les obedece de manera absoluta, pero en el interior les exige que sean coherentes y perfectas en el ejercicio de su dominación. Cualquier debilidad de parte de ellas les invalida todos sus méritos, por numerosos que sean; y muchas veces, esa debilidad, para Caldas, se manifiesta cuando las figuras de autoridad se comportan como simples seres humanos. Por eso, a pesar de su prestigio y del caudal de conocimientos que le ofrecieron, el rector Grijalba y el maestro José Félix de Restrepo –con quienes convivió en el Real Colegio Seminario– le merecen el juicio de mediocres y de fama mal habida. A Torres y a Mutis, en cambio, no les encuentra ningún defecto, porque al primero casi no lo ve y al segundo quizás lo vio alguna vez de pasada en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, sin acercársele nunca. Fue en Bogotá, entre 1788 y 1791.

Según Caldas, entonces “perdí los tres años más preciosos de mi vida” estudiando leyes en contra de su voluntad y en obediente sumisión a las órdenes paternas; años de sufrimiento para él, quien, a pesar

de todo, cumplió puntualmente con sus obligaciones de estudiante, se recibió en el tiempo debido y con las mejores calificaciones. Aprovechó, sin embargo, para hacer otras lecturas, muchas, que no estaban en sus cursos de derecho; y también tuvo tiempo para hacer de su padre el opresor de su vida por antonomasia. Terminó volviéndose tan sumiso que parece haberse ordenado él solo en la severidad de sus costumbres, en la disciplina de sus actividades y en el acatamiento tácito de las responsabilidades que otros le atribuyen. Además, por naturaleza, el joven payanés siempre se ha inclinado al retraimiento y a la soledad. Es cierto, leía mucho: su repudio de la carrera no le impedía ser un ejemplar estudiante de jurisprudencia, pero a los tratados legales agregaba el placer de los autores clásicos, sobre todo los latinos. Bien terminados los estudios, regresó a Popayán, donde siguió leyendo mucho, sin hacer ningún intento de practicar su título de abogado. Lo nombraron profesor de derecho civil en su antigua escuela, el Real Colegio Seminario, y además padre general de menores, un cargo que asumió con tan severa responsabilidad que las mismas autoridades se asustaron: Caldas comprendió muy pronto que la muy deficiente educación de la mayoría de los niños y adolescentes de la ciudad se debía tanto a la falta de escuelas públicas como a la resistencia de las madres, que prefieren aprovechar a los hijos en labores domésticas. Para remediar ese espectáculo de “calles, trucos, garitas, etc., pobladas de jóvenes lozanos, cuyos brazos ociosos podían ser de mucha utilidad a la República”, Caldas convenció a muchos gremios de que aceptaran pupilos nuevos. Sin embargo, los maestros de estos gremios pidieron garantías contra la intervención de las madres, contra el abandono del puesto una vez que el joven aprendía el oficio y contra la mala conducta. Para cumplir estas condiciones, Caldas acudió al virrey con una notable memoria donde le pedía que impusiera, por medio de escritura pública, la separación de los pupilos “de las madres, parientes y deudos para impedir de este modo los disgustos que se podrán ocasionar a los maestros”; que “a éstos se les dé dominio sobre ellos y acción para traerlos y quitarlos de otro poder si alguna vez hacen fuga y se arriman a otro, aunque sea del mismo oficio”; “que después que hayan aprendido el oficio se mantengan en casa del maestro por uno o dos años, trabajando en utilidad de dicho maestro, para que de este modo se recompensen las fatigas y gastos

de su enseñanza y alimentos; y que los artesanos, viendo que cogen el fruto de su trabajo, se apliquen a la educación de los jóvenes”; que “si las madres van con insolencias a donde los maestros por algún castigo hecho justamente a sus hijos, se les castigue con la pena que Vuestra Señoría tenga por conveniente señalar”; y, en fin, “que si el joven aprendiz es orgulloso y altivo, y no quiere sujetarse, se le remache un grillete o se sujete del modo más apto”.

A pesar de que el gobierno aprobó su dictamen y se ordenó a los alcaldes de barrio que levantasen un padrón de menores, siete meses después no se había hecho nada; y ahora ese ambicioso proyecto ha pasado al olvido de todos, excepto del autor, quien, no obstante, nada puede hacer para llevarlo a cabo.

Mientras tanto, la cátedra en el Colegio Seminario le exigía un esfuerzo mental y emocional que no estaba dispuesto a soportar: definitivamente, como le diría a Mutis, no había nacido para jurisprudencia; e incluso su condición física se deterioró. El estudio de los gruesos volúmenes de decretos, códigos, recopilaciones de leyes, y quizás sobre todo el del intrincado y confuso *Febrero* terminó enfermándolo. A un amigo le escribió: “Ya sabría usted la prohibición que los médicos, en especial el doctor don Mariano, me hicieron de cualquiera lectura sólida o sería que pidiera mucha atención y en que trabajase la mente”. Pero no se le olvidó agregar: “Yo jamás he podido apagar aquel gusto, aquella satisfacción que se experimenta en el estudio”. No era necesario aclarar que se refería al estudio de la física, de la botánica, de la geografía, de la astronomía, y que había renunciado con gusto a su cargo académico. Sin duda, seguía leyendo todo lo que podía, siempre y cuando no fueran códigos, ni recopilaciones de leyes. En esa región impersonal de su sumisión a los dictados superiores del padre, encontraba la manera de ejercer sin trabas su pasión por la filosofía natural.

Al pasar la crisis, el padre, convencido de que su hijo no se dedicaría con exclusividad al oficio de abogado, lo puso en la tarea de ayudar a uno de sus hermanos en el comercio por toda la región de Popayán. En una de sus primeras comisiones, “salí con ropas para Neiva y Timaná, [...] estaba por los montes, se me rodó la carga de baúles llena de intereses, ropas y alhajas, que aprecio el todo en cuasi tres mil pesos. Temiendo esto, mi hermano Camilo advirtió al arriero trajese la mula

de diestro para evitar este fracaso. Este haragán no le obedeció, y en una estrechura peligrosa se desbarrancó la mula con carga y todo, de la que no hay ni noticia, a pesar de los cuidados que hemos puesto para su busca”.

En esta ocasión, Caldas culpó al pésimo estado del camino y al “descuido del comisionado del Cabildo de Popayán para componerlo”, e incluso le envió una carta a su primo Camilo Torres pidiéndole consejo sobre cómo iniciar un litigio contra el Cabildo por negligencia.

La verdad fue que las rodadas y las desbarrancadas de mulas continuaron y el argumento del mal estado de los caminos ya era insostenible. El litigio que pensaba emprender por el primer accidente nunca prosperó, y menos con la desaprobación del padre, que era y sigue siendo regidor del mismo cabildo. Finalmente, el hermano de Caldas, desesperado, prefirió quedarse solo en el comercio antes de continuar perdiendo recuas de mercancía encargadas a Francisco José.

Nadie en su familia pudo ocultar su decepción. En realidad, a ninguno de ellos le hubiera dado ningún consuelo saber que mientras recorría los senderos de Popayán a La Plata, de La Plata a Neiva, de Neiva a Timaná, y en los días de semana, cuando no había nada que hacer entre feria y feria dominical, Francisco José iba en secreto recogiendo la información que a él le interesaba: la configuración de las montañas y los ríos, la distribución de las plantas, la presión atmosférica, las temperaturas de las diferentes altitudes... A semejanza de otro aspirante a filósofo natural, también americano, del que nunca ha oído hablar, Caldas hace un registro diario de las temperaturas, las precipitaciones de lluvia, la humedad, etcétera. La única diferencia es que él apunta todo en un pequeño librito de notas, mientras que Thomas Jefferson lo hace en unas fichas de marfil que puede borrar y volver a usar después de pasar la información a un cuaderno empastado en piel.

Fatalmente, llegó el momento en que a Caldas todos sus parientes y conocidos en la ciudad comenzaron a verlo con lástima: era un abogado de secano, un comerciante sin tela que cortar y un bueno para nada. Sólo unos cuantos han percibido detrás de ese aparente fracaso su pasión filosófica, tan inusitada que, ante la falta de recursos, lo hunde en un laberinto de soledad y de desconfianza tanto del mundo

como de sí mismo. Cuando se siente amenazado por la seguridad social o intelectual de algún extraño, recurre a invocar una rígida disciplina de doble moralidad: religiosa y secular. En esos momentos, para él, la virtud debe ser absoluta y no se debe dejar ningún resquicio para que penetre ninguna mancha o debilidad del mundo. De pronto, todo se le presenta como propicio a la degeneración, a la corrupción. Lo único inmune a esa acechanza ubicua del pecado es la dedicación, también absoluta, al trabajo del conocimiento, a la investigación ardua y cotidiana, sin distracción alguna. Es la manera secular que tiene Caldas de practicar los retiros y los ejercicios espirituales que todos sus amigos observan en algún convento por lo menos una vez al año.

No obstante, poco a poco ha ido logrando que todos sus defectos y carencias se adapten a la pasión de convertirse en un respetado físico y filósofo natural: por ello, se ha encargado de vez en cuando de responder a pedidos de telas, ha aceptado hacerse cargo de casos veniales en la corte de Popayán e incluso está ahora litigando en contra de la apelación que ha hecho uno de sus parientes en el caso de un seguro familiar. Y por fin, aunque casi con indiferencia, consiguió la victoria de convencer a su padre de la utilidad de sus talentos, cuando en una disputa de límites entre los pueblos de Timaná y La Plata le pidieron expresamente a Francisco José que elaborara un plano de deslinde. Él respondió de inmediato, ante el asombro de todos, proveyendo uno que ya había levantado para su ambicioso proyecto de formar una carta de todo el reino de Nueva Granada.

Hace cinco años, en 1796, Caldas viajó a Bogotá con el fin de arreglar diversos asuntos que llevaban la aprobación de su padre, y aprovechó la ocasión para satisfacer sus propios intereses: adquirir algunos instrumentos y libros con sus escasos recursos, ojear en bibliotecas de particulares todos los volúmenes que no podía comprar, revisar el acervo de libros que se le había confiscado el año anterior a Antonio Nariño, informarse de todas las nuevas noticias de la física que habían llegado de Europa, ponerse al corriente de las actividades de la Expedición Botánica que dirige José Celestino Mutis y por supuesto hacer mediciones barométricas de la ciudad y de uno de los cerros que la dominan, el Guadalupe. Fue un viaje enriquecedor, en el que nunca buscó la ocasión de visitar al admirado Mutis, quizás para no correr el riesgo de perder la admiración filial que sentía y siente por él.